

O NOS SALVAMOS TODOS, O QUE SE HUNDAN ELLOS

Cuando uno tiene el cuerpo tan cansado y dolorido,
y existe la falta de dinero, de libertad, de amor y de caramelos;
cuando se vive en Madrid sin decidirse a vivir invariablemente
en Madrid o en los Dardanelos,
e involuntariamente se rima
y se recuerda que jamás se me hubiera ocurrido en otros tiempos
una rima tan espontánea y elástica como
e s t a ,
y el cuerpo continúa golpeándome con los huesos,
y ya está:

es el momento de comprender la vida en toda la extensión
del sufrimiento,

la vida de Carlos V,
la vida de Romeo y Julieta,
la vida de Carlos Marx,
la vida de Sancho Panza,
la vida de Carlos Gardel
y la muerte del Che Guevara.

Porque comprender la vida en sus infinitas e idénticas variantes,
por ejemplo, la vida de un servidor de ustedes sabiendo a
ciencia cierta que muy pocos de ustedes son capaces de
comprender el más insignificante de mis actos,
y que, a su vez, el acto fundamental de mi vida tal vez ~~sea~~ sólo
uno o dos de los mencionados ustedes sean dignos de recibirlo
es decir, comprendiendo la magnitud de vuestro egoísmo y la inde-
fensión de mi entrega;
volviendo a añadir el dolor que en este momento baja por mis espaldas

escribo tan gratuitamente como a mis trece años,
sabiendo quién soy,
conociéndome perfectamente,
diferenciándome como el agua del vino de Carlos V, Romeo y Julieta
y demás descendientes,
y continuando en Madrid por el simple hecho de continuar en
Madrid y la relativa necesidad de las radiaciones,
y sin más efecto que mi presencia tan útil e inútil en
mi propia tierra,
donce repartí unos trozos de viva voz incrustada en tres
o cuatro trepidantes libros
que, realmente, ya no existen pues fueron vividas hasta
la saciedad y trabajados en horas extranjeras,
todo lo cual
me obliga en este momento a ventilar un poco la habitación
y a volver a solicitar un insignificante caramelo
y unos versos
que hablen del valle de mi infancia, la madre de mi madurez
y la mujer de mi orfandad,
diciendo:

Respondo de las torturas,
no con mi firma sino con mi vida.
Apoyo
la nube más débil de Orozco,
el cansino caminar
de mi madre,
y la destrozada sonrisa
sureste,
reuniendo en un solo grito
la justicia
apaleada,

el indeciso itinerario de la niebla
y la ingravidez del vientre materno,
no digáis
que enmudeció la elvira agotado su tesoro,
seamos serios
hasta el final.

¿Se entiende bien mi firma? ¿Seguiré en Madrid o repartiré caramelos
en otro lugar en que me decida a vivir, a variar, a rimar inclusive,
repitiendo "hay pastillas, bombones, caramelos", en un espontáneo
y sabroso endecasílabo?

No. Yo no aguanto Madrid.

Prefiero fumar hasta tapiarme los bronquios.

A mí no me pilla

la sociedad de consumo, como hizo aquel taxi en 1927 en una
esquina de la calle del Barquillo.

